

Resurrección de Watanabe

Javier Lorenzo Candel

EL POETA JOSÉ WATANABE (1946-2007) HA SIDO UNO DE LOS MAYORES POETAS PERUANOS, DE LA SEGUNDA MITAD DE SIGLO. JAVIER LORENZO PONE EN PIE AL POETA RECIÉN FALLECIDO DESDE LA VIVACIDAD DE SU OBRA.

Tras la edición en España del libro de poemas «Elogio del refrenamiento», que contenía la obra de José Watanabe desde su primer libro «Álbum de Familia» (1971) hasta «Habitó entre nosotros» (2002), la poesía del peruano descargó sus bondades sobre la lectura de los que, de una manera casi entomológica, vamos buscando el camino de los poetas hispanoamericanos como una señal de vida en el desarrollo de la literatura mundial. Y es que los versos iniciales de Watanabe, aquellos nacidos de una historia personal contenida en su voz mestiza, iban ampliando la visión de un hombre capaz de desarrollar una poética que tocaba, por una parte, la firmeza de la filosofía japonesa, la concisión del verso oriental, y por otra, la amplia voz descargada por los tonos vitales de un peruano del norte. La historia de una familia, los contenidos de la edad, la naturaleza, las cosas que saltan a la escritura en su sentido más visual para convertirse en material de emociones, todo el mundo de Watanabe al servicio de un verso tan particular como despojado de la orfebrería que viene controlada por su manera de entender el mundo.

Y entre la filosofía que sustenta el espacio y el tiempo en el poeta peruano, entre las marcas que la edad va dejando en su escritura, asistimos a la aparición de «La piedra alada» (2005) como una nueva entrega magnífica, mucho más dominada por la madurez poética de Watanabe, más desposeída de juventud, que nos ponía en la lectura de cada poema esa Naturaleza que, arma-

da por una voz inteligente, había hablado al poeta de las cosas que, ahora sí, empezaban a dar razones poderosas de su presencia en el mundo. Hablo de «La piedra alada» y hablo de poemas tales como «El árbol», donde la ontología de los seres naturales empieza a ser camino limpio para recorrer, o del mismo «La piedra alada» o «Free run» como hitos que hablan por si solos del desprendimiento, de la desaparición, quizá de un camino de vuelta hacia la vida cuando la vida ha llegado al final del camino.

La piedra no como una estructura sólida que ocupa un espacio en el mundo, sino como el contenido mágico de un material capaz de hacerse polvo o agua y río, capaz de hacerse ave.

Sobre esta intención poética descubrí yo al Watanabe que más me interesaba, a un, permítaseme el término, *alargador* del verso japonés, del haiku o el tanka, para dar más intensidad literaria al mismo sentimiento que ya había nacido en Basho o en Buson, y que había abierto, ya en nuestros días, el debate sobre la limpieza del mensaje en el haiku o la incursión en la metafísica de algunos de los mejores escritores del género. En Watanabe el debate quedaría huero, alojado en la estupidez de los puristas, para pasar a ocupar el momento de la trascendencia, su significación, y ofrecernos toda la fuerza del Zen en la sencillez del hombre que observa y, por supuesto, en la belleza de lo observado.

Este mundo tan particular, y su magnífica expresión a cargo del poeta peruano, han arrastrado a mi generación hacia su manera de entender el género, nos ha puesto sobre la pista de una literatura mestiza, como dije al principio, donde los dos espacios ocupados son extremadamente sensibles al análisis. Porque en Watanabe se habla de ontología, pero también se atiende a las sensaciones de lo cotidiano con las herramientas de una poesía de línea clara, desprovista de artificios, donde un lenguaje común sirve de armazón a una teoría, a una manera de entenderse, a un descubrimiento. A este respecto, me quedo con las palabras de Eduardo Chirinos que, en relación con el lenguaje de Watanabe, afirma: «(nos invita) a ver en sus palabras el contorno de las imágenes y su contenida y pudorosa expresión de significados». La totalidad del mundo, el macrocosmos del poeta en el microcosmos de la palabra escrita. Esta podría ser una de las conclusiones ante la lectura de los versos del poeta peruano.

Con «Banderas detrás de la niebla» (2006) se cierra el círculo de mis lecturas, y con él, la confirmación de un nuevo modo de entender el poema, porque parece como si con el pasar de las páginas del libro hubiéramos asistido al afianzamiento de un excelente poeta en la tierra de sus lectores. Con poemas como «La serpiente» o el tan citado «Orgasmo» donde se da, en tan solo los tres versos de un reflexión cercana al haiku, toda la poética de Watanabe, todo su compromiso con la literatura: «¿Me dejará la muerte/ gritar/ como ahora?». Un tiempo para consolidar pero también para afirmarse dentro de los poetas de su generación, un tiempo para sufrir ante la evolución de su enfermedad, pero también para destilar humor y refinamiento en cada poema. Me van a permitir que, en este sentido, me quede con un «El camisón.(Magritte)» como el poema total en esta disposición de teoría y práctica, de ontología y praxis de la que venimos hablando, y rescatar los versos de cierre para ejemplificar el compromiso del poeta con los objetos para trascenderlos y hacer de ellos material lírico de primer orden: «Yo estoy vivo, Miro ahora mis huesos limpios y blancos/ como lirios/ porque tuve, entre vestidos viejos,/ los mejores surtidores de la tierra, dos tetas pródigas/ dejadas cuidadosamente en un camisón de lino.

Y entre las cosas que pusieron en las alas no nacidas el vuelo del verso limpio, entre los compromisos con la historia y los de la familia, entre ese ir mirando al mundo para encontrar mucho más de lo que el mundo ofrece, entre oriente y occidente, entre la luz del Perú y el orientalismo venido de lejos para hacerse cercano, nos hemos ido quedando sin la voz de Watanabe. Porque un día de Abril, con más lluvia que otros días, su necrológica venía amparada en las páginas de un diario nacional.

No he querido hacer un panegírico del poeta muerto, sino dar un poco de luz, la mía propia, a la luz de un potente fogonazo que, igual que se ha ido, llegó a España en el 2003 para instalarse definitivamente entre nosotros, para empezar a brotar de su propia fuente del conocimiento con la singularidad del escritor mestizo y la fuerza del poeta real ante las cosas del mundo. Decía Basho: «en ruiseñor/ sueña que se convierte/ el grácil sauce». Quizá los poetas como José Watanabe estén a esta hora viviendo en armonía ante una naturaleza que, sabiéndolos, ha vuelto a crearlos ©



Que no te veo venir